

Conversación 2
UNA FIESTA PAVOROSA

Miami, 3 de mayo

Mi ex socio Samuel Puppenheim, que continuó en los negocios hasta hace poco tiempo, me invitó a una fiesta por él ideada para inaugurar su grandiosa y suntuosa villa de Florida. Cené con él y con su esposa; me causó la impresión de que estaba gozosamente nervioso. Me dijo repetidas veces

- Verás algo que jamás se ha visto; abre bien los ojos y aguza bien los oídos a fin de no perder nada de este espectáculo único.

Comenzaron a llegar los invitados; eran pocos, pero hombres que, sumados en conjunto, representaban varios miles de millones de dólares.

Samuel nos condujo al teatro de la villa: un vastísimo anfiteatro con gradas de mármol y almohadones de terciopelo, rodeado enteramente por espesas hileras de coníferas oscuras. La fiesta comenzaría con un ballet que tenía este curioso nombre: Tríada, terceto, terno.

Sobre un palco situado en medio del anfiteatro, y que de golpe fue inundado con rayos de luz solar, aparecieron tres figuras multicolores, inmóviles, enigmáticas.

La primera tenía el rostro dorado, la cabellera verde y una mórbida capa de color tórtola. El rostro de la segunda era de color plateado, la cabellera azul y la capa verde cobre. La tercera tenía un rostro blanquísimo, como yeso, el cabello de color rojo fuego y la capa con los colores del pavo real. No se les veían ni los brazos ni los pies, porque las tres figuras estaban envueltas en amplias túnicas que llegaban hasta el suelo. Ni siquiera se podía saber si eran hombres o mujeres aquellos espectros coloreados agigantados por la cálida luz de los proyectores.

Se oyeron los primeros compases de una música tejida con disonancias quejosas, y las tres comenzaron a moverse, a inclinarse, a girar sobre sí mismas, a perseguirse y agruparse; ya se ubicaban triangularmente, ya retrocediendo con lentitud, el busto echado hacia atrás. Se oyó un fragoroso golpe seco, causado por un instrumento irreconocible pero diabólico, y los tres espectros cayeron juntamente, extendidos, supinos, y así permanecieron inmóviles, como cadáveres, hasta que se apagaron las luces.

A1 cabo de breves momentos el anfiteatro fue bañado por una claridad cándida, como producida por muchas lunas. Se vio entonces una red de delgados hilos de acero, red que se sostenía entre negros y elevados pilares. Cada uno de esos hilos se parecía a los que se tienden en los circos para las proezas de los equilibristas, pero eran muchos y estaban dispuestos en direcciones varias, formando diagonales y multitud de ángulos.

Junto a mí estaba Samuel, quien me susurró al oído

- Ahora verás y oirás recitar el último acto de Lucifer, de Vondel, por actores funambulescos.

Sabes que en esa famosa tragedia del máximo poeta holandés, todos los personajes son ángeles y, por lo tanto, está bien que la representación se desarrolle allá arriba, por encima de la tierra.

En efecto, en aquel instante aparecieron algunos jóvenes con aspecto de ángeles. Tenían en las espaldas grandes alas, sus rostros eran luminosos; se movían sobre aquella tenue red de acero, suspendidos sobre el vacío y a gran altura, y comenzaron a declamar los apretados y elocuentes versos de Vondel. Pronto reconocí a Lucifer, más alto que los otros, provisto de inmensas alas de terciopelo negro; escuchaba impertérrito, erguido hacia lo alto, los reproches y menosprecios de Rafael y Miguel. Los ángeles rebeldes podían ser reconocidos porque llevaban máscaras de líneas faciales más crueles y se movían furiosamente de un lado para otro, caminando sobre los hilos del fondo, como condenados prestos para precipitarse en los abismos.

Escuché con paciencia los poéticos apóstrofes del gran Vondel, mas, para ser sincero, diré que no hallaba en ello una gran diversión. La única emoción era causada por la temblorosa espera, como suele acontecer en las exhibiciones acrobáticas, ante la posibilidad de ver que alguno de aquellos audaces actores cayera cabeza abajo y se hiciera pedazos en el suelo.

Concluyó el acto y se apagaron las luces. Siguió luego una larga pausa de silencio y oscuridad y finalmente se vio una gran luz rojiza, de incendio, que parecía llover sobre el palco situado en el centro del anfiteatro, y de repente se vio la orquesta más extravagante que fantasía humana pueda imaginar. El vasto palco estaba completamente ocupado por una pequeña multitud de desechos humanos, de miserables fantasmas de la decadencia y la miseria. Pude descubrir a viejos jorobados vestidos con harapos, a mutilados y enfermos cubiertos con deshilachados gabanes negros, a mujeres viejas y deformes con desesperados rostros de epilépticas e histéricas, brujas con las greñas enredadas y la mirada feroz, enanos deformes haciendo contorsiones de payasos, viejos ciegos que alzaban al cielo sus pupilas muertas. Cada uno de aquellos despojos humanos llevaba un instrumento musical, uno de esos viejos y seculares instrumentos que ahora se ven solamente en los grabados de Callot o en los caprichos de Goya; violas panzonas, flautas más largas que un telescopio, trompas enormes arrancadas de quién sabe qué orquesta infernal, tambores altos y estrechos como columnas quebradas, arpas africanas, guitarras sesquipedales, atabales y putipú napolitanos, castañuelas de marfil y salvajes tam-tam de bronce.

Apareció el director, semejante a un esqueleto, vestido con atuendo de noche, y en vez de la batuta común alzó en el aire un grueso palo de billar. A ese movimiento, todos aquellos haraposos y revueltos músicos comenzaron a tocar, cada uno por su lado, y el anfiteatro se llenó de silbidos, de sollozos, estruendos, estertores, acordes estridentes, de frases musicales rabiosas y lacerantes que hacían pensar en un concierto demoniaco. Miré lleno de espanto aquellos rostros transfigurados y desesperados, algunos pálidos como los de los agonizantes, otros húmedos y colorados como de dementes delirantes. Y cuanto más tocaban más se sacudían y agitaban; los mutilados golpeaban sobre la tarima con sus muletas o pies de madera, los jorobados enarcaban la cerviz como gatos enormes dispuestos a combatir, las mujeres parecían sacudidas por crisis convulsivas.

Y en un momento dado no se contentaron con tocar sus desarmónicos instrumentos sino que comenzaron a cantar, a gritar, a aullar, a silbar, a ulular, como pretendiendo transformar aquella satánica sinfonía en la exasperación de un crescendo frenético y demoniaco.

Algunas de las mujeres rodaban por tierra, los lisiados pretendían danzar en medio de aquel conglomerado de carne repugnante, el esquelético director, siguiendo un ritmo imaginario, golpeaba las cabezas calvas y tiñosas de los músicos más próximos a sí.

Como Dios quiso concluyó aquella bacanal sonora de endemoniados contrahechos; se apagaron las luces y callaron las voces. No podía más con el disgusto y el horror que sentía. Me levanté para huir, mi amigo Samuel se dio cuenta y me preguntó

- ¿No te gustó mi fiesta?, ¿no ha sido quizás el espectáculo más original que se haya realizado en este país?

Le respondí que la fiesta había sido magnífica y sorprendente, pero que sentía necesidad de descansar. Corrí a mi automóvil y a gran velocidad regresé a mi hotel. El ruido del mar me pareció una melodía dulcísima.